BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

EN PERPETUA AGONÍA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SALVADOR LASTRA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
GREDA, 15, BAJO
—
1891

Amigo Mariano.

Como recuerdo del que fué el autor de esta agonía y en memoria suya, te dedico el presente juguete, en prueba de la amistad que nos profesamos,

EN PERPETUA AGONÍA.

Fernando Alonso

-10-901



EN PERPETUA AGONÍA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SALVADOR LASTRA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE VARIEDADES
la noche del 24 de Abril de 1876

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

Don Miguel Cepillo

Usted solamente sabe cómo se ha escrito este juguete, que el público ha acogido con benevolencia; deber mío, pues, es dedicárselo á usted.

Su amigo y compañero

Salvador Lastra

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA O.........................	Sra. Rodríguez (C.)
JUANA.............................	Srta. Martínez (A.)
DON RICARDO GARCÍA.........	Don Antonio Riquelme.
RICARDO GARCÍA..............	» Andrés Ruesga.
DON PRUDENCIO PERDIGONES.	» José Banovio.

La acción en casa de D. Ricardo.—Época actual.

ACTO ÚNICO

La escena representa una sala decentemente amueblada.—Velador á la izquierda, y encima un quinqué encendido.—Tarima con brasero.—Dos puertas á la izquierda; otra en segundo derecha, y en primer término balcón.—Puerta al foro.

ESCENA PRIMERA

JUANA, RICARDO, saliendo por el foro

RIC. ¿Ha vuelto mi tío, Juana?

JUANA ¡Todavía no, señorito! Y me choca que tarde tanto.

RIC. ¿A qué hora se fué?

JUANA Á la una, y son las seis de la tarde. Dijo que iba á la Puerta del Sol á ver entrar las tropas.

RIC. ¡Pues ya hace más de cuatro horas que entraron! Por cierto que estaba la Puerta del Sol llena de gente, no se podía dar un paso. ¿Y mi tía?

JUANA En su gabinete, haciendo mil conjeturas de la tardanza del amo. Y dígame usted, señorito, ¿cuándo piensa usted descubrir á los tíos su casamiento?

RIC. Muy pronto.

JUANA ¿Al fin se decide usted?

RIC. Yo no; se va á encargar mi hijo.

JUANA ¿Su hijo de usted? Pues si sólo tiene cuatro meses, cómo...

RIC. Ya lo verás. Por de pronto, tráeme la capa de mi tío.

JUANA No me es posible.

RIC. ¿Por qué?

JUANA Porque se la llevó él. Pero traeré á usted la suya.

RIC. ¿La mía? Imposible.

JUANA ¿Por qué?

RIC. Porque se la llevó el... prestamista hace un mes y todavía no me la ha devuelto. Mi tío me da tan poco dinero, que no me alcanza para mantener á mi mujer, y veo en la necesidad de deshacerme...

JUANA ¡Pobre señorito!

RIC. ¡Así es que estoy decidido! Hoy mismo descubro á mis tíos mi secreto... ¡y qué demonio! Peor que estoy no he de quedar. Sobre todo, no es un delito el que me haya casado sin su permiso.

JUANA Y ellos, que creen que el tiempo que pasa usted lejos de casa, lo dedica usted á las matemáticas: cuando vean al chico...

RIC. Verán que soy un gran matemático.

O (Dentro.) ¡Juana!

JUANA ¡Señora!

O (Dentro.) ¿Ha venido mi esposo?

JUANA No, señora.

O (Dentro.) ¿Pues con quién hablas?

JUANA Con el señorito Ricardo.

O (Dentro.) ¿Ricardo, no sabes dónde está tu tío?

RIC. ¡Lo ignoro, querida tía!

O (Dentro.) ¡Es extraño! ¡Jamás le ha ocurrido lo que hoy!

JUANA (A Ricardo.) También á mí me extraña, porque nunca falta á la hora de comer.

RIC. Se habrá encontrado á algún amigo y estarán recordando sus mocedades en la fonda. Y es el caso que su tardanza está retardando mi proyecto.

JUANA ¿Por qué razón?

RIC. Porque necesito su capa para traer el chico sin que nadie lo vea.

JUANA ¿Vive muy lejos su mujer de usted?

RIC. En esta misma acera, núm. 8.
JUANA ¡Calle, en casa del inspector!
RIC. Justamente; por cierto, según me ha dicho mi mujer, el hombre está escamado conmigo sin haberme visto nunca. Se ha encontrado una carta en la escalera, que yo escribí á mi mujer hace pocos días y que no eché al correo, y ha creído que era para su esposa.
JUANA Como es tan bonita...
RIC. ¿Es fea?
JUANA Es un fenómeno, señorito, y luego muy vieja. Por supuesto que no tienen nada que echarse en cara; porque mire usted que él es otro fenómeno.
RIC. ¿Dime, está cerrada la puerta de escape de la alcoba de mi tío?
JUANA No, señor, porque precisamente ayer rompí el pestillo; no está más que entornada.
RIC. Mejor; así podré dejar el chico sin tener que pasar por aquí.

ESCENA II

DICHOS, DOÑA O, por la puerta de la izquierda

O ¿Pero todavía no ha vuelto mi esposo?
JUANA ¡No, señora!
O ¿Pero has visto, sobrino, qué conducta la de tu tío? No contento con ir todas las noches al Casino y volver á su casa á las dos ó tres de la mañana, sale hoy á la una y todavía no ha vuelto.
RIC. Se habrá encontrado algún amigo...
O Amigo... ¡Mira no sea á alguna amiga!
RIC. De ningún modo; mi tío es incapaz...
O No tánto como tú te figuras. No sé si te he contado que el año cuarenta, el segundo año de matrimonio, estando en Sevilla... ¡no, me parece que fué en Cádiz! ¡Eso es, en Cádiz! Porque en Sevilla estuvimos después á ver á una tía suya, que por cierto, estando nosotros allí, se casó por segunda vez con un

coronel de la guardia civil, que murió en la guerra civil... ¡no, no era coronel! que el coronel era el marido de mi prima Enriqueta, que también se quedó viuda de resultas de habérsele muerto el marido. Era maestro de escuela... ¡sí, eso es, maestro de escuela! Ahora recuerdo que iban á su colegio los hijos de una amiga mía que murió del cólera el año cincuenta y cinco.

JUANA (Ya no se acuerda del principio.)

O Pues mira, no murió del cólera, que la que murió del cólera fué su hermana Encarnación, que después se casó con un arquitecto.

RIC. ¿Cómo, después de muerta?

O ¡Tienes razón! Pues entonces no fué esa la que murió del cólera. Yo la confundía con... ¿Y cómo van tus estudios, querido sobrino, adelantas mucho?

JUANA Ya lo creo que adelanta. Dentro de poco verá usted sus progresos.

O A tí no te pregunto, bachillera. Esta chica, que en todo se ha de meter... y quien tiene la culpa es mi señor esposo, que la permite ciertas libertades... Sin ir más lejos, ayer tarde la mandé que fuera por un café, porque tenía un dolor de cabeza horrible y únicamente con el café se me suele calmar un poco, aunque después me pongo muy nerviosa... en fin, ya sabes los ataques tan horribles que me dan, que estoy dos horas sin volver en mí... lo mismo era mi madre que en gloria esté, y yo creo que viene de de familia, porque mi tía Julia, hermana de de mi madre, le pasaba lo mismo. Bien es verdad que la pobre tenía motivo, porque cada paliza que la daba el bruto de su marido... La última que la dió fué dos horas antes de morirse, y le partió la cabeza en dos cachos.

JUANA (Que no hicieran lo mismo con tu lengua.)

O ¿Conque tú crees, Ricardo, que tu tío tendrá por ahí algún trapicheo?

RIC. ¡Si yo no he dicho una palabra! Creo, por el

contrario, que mi tío no piensa más que en usted.

O Pues entonces, ¿por qué no ha venido á comer?... Lo mismo me pasó en Cádiz... (Suena un gran campanillazo, que se repite hasta la salida de don Ricardo.)

JUANA El debe ser. Anda, y no trae poca prisa, parece que le vienen persiguiendo. (Vase foro.)

O No, pues me ha de decir terminantemente de dónde viéne, si no vamos á reñir, y en grande. Yo tengo mis motivos para creer que tu tío no deja de mirar por ahí á alguna mujer, y como sea cierto... ya verás, ya verás qué jaleo se va á armar aquí.

ESCENA III

DICHOS, DON RICARDO y JUANA. Don Ricardo entra precipitadamente, manifestando que trae mucho miedo y que ha corrido bastante. Viene embozado y se verá en la capa, por la parte de delante, un agujero bastante grande. Al encontrarse en medio de la escena, reconoce la casa y respira, como el que se encuentra fuera de peligro

O Gracias á Dios que has venido. Me quiere usted decir, señor esposo, qué significa... (Don Ricardo la impone silencio con mucha obstinación.) Pero si es necesario que me digas... (El mismo juego. Le indica á la criada que vaya á cerrar la puerta de la escalera.) ¿Pero te has quedado mudo?

JUANA Yo no le entiendo á usted.

D. RIC. La... puerta. (Empujándola hacia el foro.)

JUANA Ya la he cerrado.

D. RIC. ¡Ah! (De pronto, asomándose al balcón.)

RIC. (¿Si se habrá vuelto loco mi tío?)

D. RIC. (Retirándose del balcón.) ¡No! (Con alegría.)

O ¿Pero qué es lo que te pasa?

RIC. ¿Qué tiene usted?

D. RIC. (Sacando una pistola y enseñándola.) Esta...

RIC. ¡Una pistola!...

O ¿Qué, te vas á matar?

D. RIC. ¡No! (De pronto se mira la capa, observa el agujero, y dando un grito echa á correr por la puerta segunda derecha.) ¡Ah! (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos DON RICARDO

O ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le pasará á mi marido?

JUANA ¿Se se irá á matar? Corra usted, señorito, á impedir...

RIC. (Forcejeando la puerta.) Ha cerrado por dentro.

O No, matarse con esa pistola es muy difícil. Lo que yo temo es que se haya vuelto loco.

RIC. Sus ojos revelan el espanto, como si viniera huyendo de alguno...

JUANA ¿Si habrá revolución en Madrid? Yo no voy mañana á la compra.

O ¿Revolución? Y yo que pensaba ir esta noche al teatro á ver á *Roberto Tell*... digo, *El Trovador*. ¿Sabes qué función echan hoy en la Opera?

RIC. No lo sé. (Lo habrá leído veinte veces en *La Correspondencia*.) Lo que importa averiguar es lo que le pasa á mi tío.

JUANA ¿Si le habrá caído el premio grande?

O ¡Imposible! ¡No echa nunca! Tan sólo una vez en Málaga, cuando existía la lotería antigua, una vecina nuestra, que jugaba todas las extracciones y casi nunca le tocaba... Pero mira, tocaba muy bien la guitarra á pesar de tener cuarenta cumplidos, y casi todas las noches ella y yo y su marido... digo, no, me he equivocado; el que la tocaba era él. Yo la confundía con una chica de Sevilla, que no recuerdo ahora su nombre, y que se casó estando yo allí con...

JUANA (Como la dejen hablar, ya tiene para rato.)

RIC. Pero, tía, ¿es posible que ya se haya usted olvidado de mi tío?

O ¡Ah, sí! Deja que venga y verás cómo le pido cuentas de su tardanza.

JUANA (¡Por dónde sale ahora!)
RIC. Pero, tía, si está en ese cuarto.
O Es verdad, ya no me acordaba; ese demonio de hombre acabará con mi memoria con tanto susto.
JUANA Ya sale el amo.

ESCENA V

DICHOS, DON RICARDO, por la puerta de la derecha; sale con bata y gorro y con diferente pantalón que en la escena anterior

JUANA (Y se ha puesto la bata)
RIC. Pero, ¿puede usted decirnos, querido tío, qué le ha pasado á usted?
D. RIC. (Procurando serenarse.) ¿A mí?
O Sí, á tí.
RIC. ¡Traía usted una cara tan asustada!... ¿Le han seguido á usted?
O ¿Te ha tocado el premio grande?
JUANA ¿Hay revolución?
D. RIC. A mí no me ha pasado nada. ¿De dónde sacáis que yo...? Pues si en mi vida he estado más tranquilo ni más alegre que hoy... (Con risa fingida.) ¡Jé, jé, jé! ¿No véis cómo me río?
O Como has entrado corriendo...
D. RIC. He entrado corriendo, porque... porque tenía frío... y corriendo la gente entra en calor.
JUANA ¿Y para qué nos ha enseñado usted una pistola?
D. RIC. (Aterrado.) ¿Yo? (Con enfado.) ¿Y á tí quién te mete en lo que no te importa? ¡Largo, á la cocina!
O Pues tiene razón la chica.
D. RIC. ¿También tú?
O Sí, señor, también yo. ¿Por qué ha venido usted hoy tan tarde á comer?
D. RIC. ¿Pero, os habéis propuesto aburrirme á preguntas?
O ¿Dónde has estado?
D. RIC. ¡En el demonio! ¡Donde me ha dado la gana! ¿No soy dueño de estar donde más me aco-

mode? ¡Cuidado que es manía; empeñarse en creer que á uno le pasa algo! ¡Idos de aquí!... ¡Dejadme solo! ¡Quiero estar solo! ¡Completamente solo! (Dando grandes paseos.)

O — Pero, si yo...

D. RIC. — ¡Si no te vas te estrangulo!

O — ¡Jesús, qué bárbaro se ha vuelto! (Vase corriendo por la puerta izquierda.)

D. RIC. — (A Juana, que se retira.) Tú, muchacha...

JUANA — (Con miedo.) ¿Qué manda usted?

D. RIC. — Cuando pase *La Correspondencia*, sube una. (Así sabré á cuántos he matado.)

JUANA — Está bien. (A Ricardo, en la puerta del foro.) (Mal día ha escogido usted para descubrir su secreto.)

RIC. — (No importa; ya se le pasará. Entra por la puerta de escape y sácame la capa de mi tío.)

JUANA — (Corriente.) (Vase por el foro derecha.)

ESCENA VI

DON RICARDO y RICARDO

D. RIC. — (Sentado en la butaca, y sin hacer caso á Ricardo.) (¿Cuántos habrán caído?... ¡Lo ménos he matado á tres! ¡A tres inocentes!... Me habrán conocido! ¡Me seguirá los pasos la justicia!...)

RIC. — (Dándole en el hombro.) ¡Tío!...

D. RIC. — (De Rodillas.) ¡Perdón, perdón! ¡Ha sido sin querer... yo soy inocente!

RIC. — Pero, ¿qué le pasa á usted, tío?

D. RIC. — ¡Ah!... ¿eres tú, sobrino?

RIC. — ¿A qué viene ese miedo?

D. RIC. — Por... nada. ¡Ay, sobrino de mi vida, pronto te quedarás sin tu tío!... (Echandose en sus brazos y llorando.)

RIC. — ¿Cómo?

D. RIC. — ¡Sin este tío que tanto te quiere y que siempre ha procurado su comodidad!

RIC. — ¡Explíquese usted! ¿Qué sucede?

D. RIC. — ¡Una cosa horrible!

RIC. ¿Horrible?

D. RIC. ¿Estamos solos? (Mirando por todas partes.)

RIC. Sí, señor, hable usted.

D. RIC. ¿Tú siempre has tenido á tu tío por un hombre de bien, de buenos sentimientos é incapaz de hacer mal ni aun á los animales, incluso á mi mujer?

RIC. Sí, señor.

D. RIC. ¡Pues, bien: este tío módelo, se ha convertido hoy en asesino! (Bajando la voz y mirando por todas partes.)

RIC. ¿En asesino?

D. RIC. ¡Chist... baja la voz, no te oigan!

RIC. Pero, ¿cómo...?

D. RIC. ¡La fatalidad que me persigue!

RIC. Explíquese usted.

D. RIC. Tú ya sabes que todas las noches voy al Casino de la calle del Desengaño, donde nos reunimos unos cuantos progresistas á jugar al tresillo, y que no vuelvo á casa hasta las dos ó las tres de la madrugada. Temeroso de que una noche me dieran un susto, me había provisto de una pistola, que cargué con bala, y la llevaba en el bolsillo de la americana...

RIC. Vamos, comprendido: le salió á usted un ladrón, y...

D. RIC. ¡Ojalá! Porque le hubiera entregado la pistola y el dinero.

RIC. Pues, entonces...

D. RIC. Ten un poco de paciencia, que ahora entra la parte sangrienta. Hoy á la una, me dió la maldita idea de irme á la Puerta de Sol á ver entrar á nuestro bizarro ejército, con la americana que llevo por la noche, y por con siguiente con la pistola cargada en el bolsillo. La Puerta del Sol estaba llena de curiosos, no se podía dar un paso, y á cada momento se iba estrechando más el reducido sitio que yo tenía. Después de sufrir un pisotón por aquí, otro por allá, y de llevarle á uno en volandas de un lado para otro, sonaron por fin las cornetas del primer batallón.

Todo el mundo se puso de puntillas para ver mejor á los soldados; yo, aunque lo intenté, no ví nada, porque tenía delante de mí un giganle Goliat con capa y sombrero de copa. Cuando de pronto se oye una voz que dice: «á ese, al ladrón, que se lleva mi reloj,» y todos gritaron: «á ese, al ladrón.» Y uno que se cae, otro que se levanta, un cachete por aquí, otro por allá... y por último, el gigante, que por echar á correr ó porque le empujaron, cayó cuan largo era encima de mí, y... ¡el trueno gordo! Hace que al golpe se dispare mi pistola, que sin duda yo llevaba montada como todas las noches. Oir el tiro y echar á correr, todo fué obra de un momento, y conmigo todos los que estaban á mi lado. Aquí caigo, allí me levanto, allí piso á uno, otro me pega un palo, aquel me llama animal... pero yo, sin hacer caso, no cesaba de correr y seguía mi camino. Hasta que al cabo de cruzar Madrid dos ó tres veces, y sin aliento para correr más, el instinto, porque yo no veía, me ha traído á mi casa, de donde saldré dentro de poco para la Pradera de Guardias.

RIC. Tranquilícese usted, tal vez no haya usted dado á nadie...

D. RIC. ¡Imposible! Estaba la Puerta del Sol llena de gente. Lo ménos he matado á cuatro. ¡Yo asesino cuatro veces!... Me matarán cuatro veces, aunque con la primera tengo bastante.

RIC. ¿Pero usted vió caer á alguno cuando sonó el tiro?

D. RIC. Cayeron muchos, pero no sé si del miedo ó de la herida.

RIC. ¿Le han seguido á usted?

D. RIC. Yo no lo sé, porque con el afán de apartarme de aquel funesto sitio, no se me ocurrió mirar hacia atrás.

RIC. Lo que usted debe hacer es no contar á nadie la ocurrencia y no salir en muchos días de casa, que yo me encargaré de averiguar lo sucedido.

D. RIC. Sí, sobrino de mi alma; averígualo por Dios, que depende la tranquilidad de tu tío.

RIC. Descuide usted.

D. RIC. En primer lugar, por eso de tener que visitar el Campo de Guardias; y luego mi conciencia, que no me dejará dormir tranquilo sabiendo que soy... pero sobre todo por el Campo de Guardias.

RIC. Voy á arreglar un negocio y en seguida me pondré sobre la pista. Tranquilícese usted, y sobre todo mucho silencio.

D. RIC. Por la cuenta que me tiene.

RIC. Ea, hasta luego.

D. RIC. Adiós.

RIC. (Vamos á buscar á mi hijo.) (Vase por el foro derecha.)

ESCENA VII

DON RICARDO, á poco JUANA

D. RIC. ¡Que me tranquilice! ¡Imposible! Si yo supiera que no me habían conocido, ó que la bala había cruzado su camino sin molestar á nadie... ¡Pero cá! Habrán interrumpido su marcha lo menos tres ó cuatro veces. Maldita memoria y maldito Casino, que me obligó á llevar una pistola cargada en el bolsillo. ¡Fatalidad, tú me persigues; tú haces que acabe mis días en un cadalso! ¡El cadalso! ¡El verdugo!...

JUANA (Saliendo con una *Correspondencia.*) ¡Aquí está!

D. RIC. (Asustado.) ¿El verdugo?

JUANA ¿El verdugo?... *La Correspondencia* que usted me encargó ántes.

D. RIC. (¡Respiro! Voy á descubrirme sin querer.) ¡Trae! (Cogiendo *La Correspondencia.*)

JUANA Está usted muy pálido, señor.

D. RIC. Yo... no estoy pálido. ¿De dónde sacas tú que yo estoy pálido?

JUANA ¡Y con unas ojeras!... ¿Está usted malo?

D. Ric. Estoy como me da la gana. ¿No soy dueño de tener ojeras y de estar pálido?

Juana Sí, señor; pero como ha venido usted corriendo, creí...

D. Ric. ¡Eh! ¿Quién te ha dicho que yo he venido corriendo? Responde, de dónde sabes...

Juana Toma, me lo ha dicho el portero, que le ha visto á usted entrar.

D. Ric. (Estos porteros, que siempre han de estar en las porterías...) He venido corriendo por... que me seguía un perro rabioso.

Juana ¿Rabioso en invierno?

D. Ric. ¿Y qué? ¡Este rabiaba de frio!

Juana ¿Entonces será el que le ha roto á usted la capa?

D. Ric. Justamente; como tenía brío, le dió la rabia por... En fin, no tengo ganas de conversación. Déjame solo.

Juana ¿Pero no come usted hoy?

D. Ric. No; vete.

Juana Pero si ya está la mesa puesta.

D. Ric. (Amenazándola con una silla.) Si no te marchas...

Juana ¡Ay! (Vase corriendo por el foro derecha.)

ESCENA VIII

DON RICARDO

Desde que soy asesino siento un deseo de matar á todo el que está á mi lado... Bien dicen, que el que empieza... En fin, vamos á leer mi sentencia. (Sentándose en la butaca que está al lado del brasero. Coge distraidamente la badila.) Si Dios quisiera que no dijera nada... (Leyendo.) «Hoy publica la *Gaceta* el ascenso á teniente general del bizarro comandante...» Buen salto, ni el de Leotard. (Leyendo.) «Hoy han sido curadas en la casa de socorro varias personas...» Ay, Dios mío, ya pareció aquello. (Leyendo.) «que han sido atropelladas...» Por mí, no me cabe la menor duda. (Leyendo.) «por el caballo del señor vizconde

de la Peña, que venía desbocado desde la Castellana.» ¡Respiro! ¡Qué susto he llevado! (Leyendo.) «Esta tarde, en la Puerta del Sol...» ¡Ay! ¡Yo me pongo malo! ¡Ya está aquí mi sentencia! Publicará mi nombre y dentro de poco vendrán por mí, y... lo menos he matado á diez. ¡En fin, tengamos valor! Ya no distingo; todo es encarnado lo que veo. (Leyendo.) «¡Esta tarde en la Puerta del Sol... ha volcado el carruaje del señor vizconde de la Peña!» ¡Maldito seas! ¡Pues ya me ha dado dos sustos el tal vizconde! ¡Y por lo visto hoy está de desgracia el hombre! (Leyendo.) «Por fortuna, no ha habido que lamentar ninguna desgracia personal. El cochero fué conducido á la Casa de socorro, donde espiró á los pocos momentos.» Pues es una friolera. (Bostezando.) ¡Aah! me va entrando ya sueño. Con la emoción, y luego lo que he corrido... (Leyendo.) «*La mujer:* se publica por entregas.» Esto de publicar á una mujer por entregas, tiene gracia. (Va durmiéndose poco á poco, leyendo y dando cabezadas.) «Se da como cierta... la prisión... del... cura de...» (Queda dormido con la badila en la mano.)

ESCENA IX

DON RICARDO, dormido y DOÑA O, por la puerta de la izquierda

O — Pues, señor; ¡no encuentro por ninguna parte á mi perrita! Tal vez estará, como de costumbre, en la cama de mi esposo. Voy á buscarla para darla sus sopitas de leche. (Se dirige á la puerta de la derecha.)

D. Ric. — (Dormido.) ¡Alto!

O — ¿Eh? ¡Calle, pues si es mi marido! ¡Y se ha quedado dormido!

D. Ric. — ¡Me han descubierto! ¡Estoy perdido! (Dormido.)

O — ¡Está soñando!

D. Ric. — (Dormido.) Una madre... un niño...

O ¿Un niño?

D. Ric. (Dormido.) Allí está... en mi cuarto...

O ¿Que se encuentra un niño en su cuarto? (Se dirige á la puerta de la derecha.)

D. Ric. No entres. (Dormido.)

O ¿Cómo?

D. Ric. Que te mato. ¡Toma! (Da con la badila en el brasero, al golpe se despierta asustado.) ¡Ay! ¡Favor! ¡Socorro!

O ¡Pero qué te pasa, hombre!

D. Ric. ¡Ah! ¿Eres tú?... (Me había quedado dormido.) Nada.

O Dime, ¿qué tienes encerrado en tu cuarto que no quieres que vea nadie?

D. Ric. ¿Yo?... (La pistola y mi capa, cuerpos del delito.)

O Responde.

D. Ric. Nada; ¿qué quieres que tenga?

O ¡No me engañes, esposo! Ya sabes que te conozco muy bien, y que no es la primera vez que te pillo en un gatuperio. Acuérdate de Sevilla, de aquel día que murió el hijo de mi hermana Pepa de resultas de haberse ahogado de repente en el Guadalquivir jugando con otros muchachos de su edad. Entre ellos estaba un hermano suyo que sabía nadar perfectamente y que el año anterior había librado de una muerte cierta al hijo de aquel vecino nuestro, que cuando se emborrachaba le daba la mona por pegar á su suegra... digo, no, ese era otro y vivía cuatro puertas más abajo, cerca del molino de chocolate de doña Serapia, mujer que fué después de aquel empleado de ayuntamiento... tampoco, ese casó, pero fué con una viuda que tenía tres chicos de los más revoltosos del mundo; uno de ellos, estando de visita en su casa un amigo de su madre, le cogió el sombrero y se lo untó por dentro de cola... el pobre señor cuando fué á quitárselo...

D. Ric. ¡Buenas noches!

O ¿A dónde vas?

D. Ric. A dormir.

O ¿Pero no comes?
D. RIC. No tengo ganas. Hasta mañana.
O Antes es necesario que me digas...
D. RIC. Hasta mañana. (Vase por la derecha.)

ESCENA X

DOÑA O, á poco DON PRUDENCIO por el foro derecha

O ¡Y se encierra por dentro! No hay duda, mi marido me engaña como me engañó en Sevilla aquella noche memorable de... Pero, señor, ¿dónde estará mi perrita que no la encuentro por ninguna parte?... Pero pobre de él como yo le coja en el garlito.
PRUD. (Dentro.) La digo á usted can ha entrado en esta casa, y como soy el inspector del barrio, tingo derecho á rellenar el domisilio.
O ¿Qué voces son esas?
PRUD. (Saliendo.) Muy buenas noches, señora; usted ma despensará que malla penetrado en su casa sin disir oste ni moste, pero como ha entrado á aquí...
O ¿Quién?
PRUD. ¡El!
O ¿Pero quién es él?
PRUD. El amante de mi mujer. No sé si habrá usted conosido que soy catalán.
O Yo conocí á un catalán en Sevilla, que después se casó con una prima mía granadina, y tuvieron doce chiquillos, y eso que no se le entendía muy bien lo que hablaba.
PRUD. Es que todos mis paisanos no hablan el castenallo como yo. Pues, como desía, yo ma llamo don Prudensio Perdigones, inspector de este barrio, y casado, por mi desgrasia, con doña Clotilde Calandria. Mi mujer es algo liquera de cascos, y ha intentat varias veses pagármela, pero yo la rompo una pata y la contengo.
O ¿Pero y á mí qué me importa todo esto?
PRUD. Tenga vusté un poco de pasensia. Ayer al

venir en mi casa, mancontré una carta en la escalera, dirigida á mi mujer y firmada por un tal don Ricardo Garsía.

O ¡Mi marido!

PRUD. ¿Es su marido dausté? ¡Cuando yo desía que había entrado aquí!... Pues á su marido dausté, señora, le voy á abrir en canal.

O ¿Y qué contiene la carta?

PRUD. Oiga ustet, señora. «Querida Clotilde.» Esta es la maldita de mi mujer. (Leyendo.) «He »mudado de pareser; voy á cugar el todo »por el todo; mañana pienso recoger á nues»tro hijo...»

O ¿Cómo?

PRUD. Sí, señora; un hijo que nò es dausté ni mío, pero que es de mi mujer y de su marido da usté.

O ¡Ah, infame!

PRUD. Continúo. «Pienso recoger á nuestro hijo y »traérmele á casa.»

O ¿Aquí? ¡Qué descaro!

PRUD. (Leyendo.) «Confía en mí y no digas una pa»labra á ese buen señor.» Este buen señor soy yo. «Ricardo Garsía.»

O ¡Si ya me sospechaba yo esto!

PRUD. Calcule vusté cómo me pondría yo ayer al leer esta carta; subí y reventé á mi mujer de una palisa. Hoy ma dicho el médico que del ojo izquierdo noy verá más.

O ¿Y será capaz el infame de traerme aquí ese niño?

PRUD. Ya no será capás, lo ha sido.

O ¿Cómo?

PRUD. El niño se encuentra an su casa dausté.

O ¡Eso no es posible!

PRUD. Señora, un inspector no miente nunca. Hase poco estaba yo rondando mi casa, cuando salió un hombre de ella con un bulto debajo de la capa, que por sierto tiene un agujero delante bastante grande.

O Es verdad que la traía rota.

PRUD. Yo ma dije en seguida: este es mi hombre, y le seguí, y bien pronto pude convenserme

que era un niño lo que ocultaba, porque éste empesó á llorar. Apretó el paso y se entró en esta casa con el niño.

O Ahora me explico por qué no quiere que nadie entre en ese cuarto. Ahí tiene el niño.

PRUD. ¿Ahí?

O Y hace poco soñaba con él.

PRUD. Me lo voy á comer vivo. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

O Es inutil, porque tiene cerrado por dentro.

PRUD. Pues voy en mi casa por un par de pistolas, y vuelvo.

O ¿Para qué?

PRUD. Para decarla á usted viuda. Hasta luego.

O ¡Ay, Dios mío! Eso, caballero...

PRUD. Pero descanse vusted, que yo también quedaré viudo. (Vase por el foro.)

O Sin embargo, caballero... podría arreglarse de otra manera... (Vase por el foro.)

ESCENA XI

DON RICARDO por la puerta de la derecha, á poco DOÑA O por el foro derecha.

D. RIC. (Sale muy asustado.) ¡Mi conciencia no me deja dormir; no puedo pegar los ojos ni un momento! En cuanto los cierro, no veo más que muertos y creo oir sus lamentos. Sin embargo, jurara que ahora, al echarme en la cama, había caído sobre una cosa que se movía y que ésta había dicho: «¡ay!» Pero busqué á tientas, y nada. Habrá sido una ilusión. (Sale doña O por el foro.)

O (Pues señor, no he podido convencerle. ¡Mi marido!) ¿Y tienes valor para presentarte ante mi vista?

D. RIC. ¿Qué te pasa?

O Ahora comprendo por qué no querías que entrara en tu cuarto.

D. RIC. (Asustado.) ¿Cómo?
O Sé lo que ocultas.
D. RIC. (Cada vez más asustado.) ¡Yo!
O ¡Tienes encerrado el cuerpo del delito!
D. RIC. ¡Luego sabes!...
O ¡Conozco toda tu infamia! No has tenido en cuenta nuestro cariño para cometer tal villanía.
D. RIC. ¡Chist! ¡Por compasión, baja la voz, no te oigan!
O ¡Hola, temes que se sepa tu infamia!
D. RIC. Pues ya lo creo; si te parece que no es de temer...
O ¡Infame! ¿Y por qué has faltado al deber más sagrado?...
D. RIC. ¡Pero, mujer, si lo he hecho sin querer!
O ¿Sin querer? Ya te lo contará el marido.
D. RIC. ¿Qué marido?
O ¡El marido de tu víctima!
D. RIC. ¡De mi víctima! ¡Pobre señor, cuánto lo habrá sentido! Y dime, ¿ella ha muerto de repente, ó ha padecido mucho?
O No ha muerto.
D. RIC. ¿De veras? (Con alegría.)
O No te alegres, porque está muy mala, y regularmente del ojo izquierdo no verá más.
D. RIC. ¡Infeliz! (Le ha entrado por mal sitio.) ¿Y á tí quién te ha dicho?...
O ¿Quién quieres que me lo haya dicho? Él.
D. RIC. ¿Mi sobrino?
O ¿Qué, lo sabe?
D. RIC. Sí, se lo he contado todo.
O ¿Conque lo sabía y no me ha dicho?...
D. RIC. Como yo le encargué el secreto...
O Pues no ha sido él.
D. RIC. ¿Pues quién? (Asustado.)
O ¿No te lo he dicho? El inspector.
D. RIC. ¿El inspector? ¡Estoy perdido!
O Te ha seguido cuando venías embozado en la capa.
D. RIC. ¿Y ha estado aquí?
O Y no tardará en volver para echarte el guante.

D. RIC. ¡Ay, Dios mío de mi alma! Me marcho á Pekin, á Rusia, á los Estados Unidos.
O No, no te irás de aquí. (Cogiéndole.)
D. RIC. Pero, mujer, que me van á matar si me cogen.
O Pues eso es lo que yo quiero, que te maten.
D. RIC. ¿De veras lo deseas?
O Ya lo creo; ¿acaso no tengo motivo para desearlo?
D. RIC. ¿Conque en lugar de participar de mis temores, deseas que muera?
O Sí.
D. RIC. (Enternecido.) Hé aquí un desengaño que no esperaba. No haría yo lo mismo contigo, si te encontraras en mi caso.
O ¿Cómo, serías capaz de perdonarme?
D. RIC. Sí.
O ¿Y es ese todo el cariño que me tienes?
D. RIC. Pues por lo mismo que te quiero, participaría de tu miedo y llamaría mía tu obra.
O Ahora sí que deseo que te maten.

ESCENA XII

DICHOS, DON PRUDENCIO

PRUD. Ya estoy de vuelta.
O ¡El inspector!
D. RIC. (Ya me veo en la pradera de Guardias.) ¡Por compasión, no digas que soy tu marido!
PRUD. Este caballero es...
D. RIC. (Bajo á doña O.) (¡Por caridad!)
O ¡Mi marido!
D. RIC. (Bajo á doña O.) (¡Judas Iscariote hembra! Al fin consiguió verse viuda.)
PRUD. ¡Señor mío!
D. RIC. (Padre nuestro, que estás en los cielos...)
PRUD. ¿No ma quiere usted contestar?
D. RIC. Sí, señor... sino que... la... pues... (¡Ay, Dios mío de mi alma! Maldito sea el Casino y...)
PRUD. —¿Ya la habrá dicho su esposa dausté quién soy yo?

O — ¡El señor es el inspector!

D. RIC. — (¡De qué buena gana le retorcería el pescuezo á mi mujer!)

PRUD. — Don Prudensio Perdigones, que le ha seguido á vusté esta tarde y que lo sabe todo. De manera que ya puede vusté afigurarse á lo que vengo.

D. RIC. — Sí, ya me lo figuro. (Compungido.)

PRUD. — Vusté debe morir, y morirá.

D. RIC. — Pero, dígame usted, ¿no podía arreglarse esto sin que nadie se enterara?

PRUD. — ¡A ver cómo!

D. RIC. — (¡Ay, Dios mío, si lo pudiera sobornar!...) Muy sencillamente; mire usted, amigo mío. (Con cariño.)

PRUD. — Yo no soy amigo dausté.

D. RIC. — Bueno, no riñamos por eso. Mire usted, señor de Perdigones, yo soy muy rico.

PRUD. — ¿Y qué?

D. RIC. — Que le daría á usted diez ó doce mil duros si usted se calla y hace la vista gorda.

O — ¡Qué descaro!

PRUD. — Hombre, no sé cómo no le estampo en la paret... Proposarme á mí dinero por...

D. RIC. — Pues no será el primero que lo ha tomado. Y si yo me encontrara en el caso de usted; me compadecería y...

O — ¡Qué avilantez! Bien mereces lo que te está pasando.

D. RIC. — (¡Pero qué odio me ha tomado mi mujer!)

PRUD. — Eso no me prueba sino que usted es un hombre sin vergüensa. En fin, señor mío, vamos en el campo.

D. RIC. — (¡Ay! el Campo de Guardias.) ¿Pero qué gana usted con que yo muera?

O — Que haya un pillo menos.

D. RIC. — (Me parece que antes de morir voy á matar á mi mujer.)

PRUD. — ¡Le parese á vusté que lo que ha hecho no es sufisiente!...

O — Y si no, dígalo lo que ocultas en tu cuarto.

D. RIC. — ¡Pero si eso lo he hecho yo sin querer!

PRUD. — Ya le diré yo luego si ha sido sin querer.

D. RIC. Yo la llevaba en el bolsillo, y como había tanta gente, el gigante se echó sobre mí y... le tocó á esa buena señora.

PRUD. ¿Pero qué demonios habla vusté ahí? ¿Piensa usted marearme?

D. RIC. Además, me ha dicho mi mujer que el mal no ha sido muy grande, que únicamente del ojo izquierdo no verá más.

PRUD. Ni tampoco del derecho, porque así que yo le mate á vusté, voy á hacer lo mismo con ella.

D. RIC. ¿Y qué culpa tiene esa buena señora?

O Y la defiende.

PRUD. ¿Pero vusté pretende burlarse de mí? Eh, ya se acabat mi pasensia. (Sacando una pistola.) Vá usted á morir. (Apuntándole.)

O ¡Ay!

D. RIC. ¿Qué vá usted á hacer? ¡Favor! ¡Socorro!

O ¡Que se matan!

ESCENA XIII

DICHOS, RICARDO por el foro

RIC. ¿Pero qué gritos son estos?

D. RIC. (Bajo á Ricardo.) (Ay, sobrino de mi vida, que todo se ha descubierto.

RIC. ¿Cómo?

D. RIC. (Ese es el inspector.)

O ¿Conque sabías la infamia de tu tío y no me has dicho palabra?

PRUD. Al señor nos puede servir de testigo; vamos, caballero.

D. RIC. ¿De testigo?

RIC. ¿Y para qué?

PRUD. Para el desafío ca tenemos entre manos este señor y yo.

D. RIC. ¿Usted y yo un desafío? ¿Y por qué?

PRUD. ¿Ya torna usted á burlarse otra vegada? ¡Voto á mi nom!...

RIC. Vamos, calma y explíquese usted.

PRUD. No hay más explicasiones, sino que hay

surprendido los amores de este señor con mi muquer y que le mato.

D. RIC. ¿Mis amores con su mujer de usted?

O ¡No lo niegues, infame!

D. RIC. Esta gente se ha vuelto loca.

PRUD. Y ha tenido latrevimiento de proponerme dinero porque me calle. Dinero á mí, al marido; mire usted que tiene grasia.

D. RIC. ¿Pero, cómo, usted antes se refería á esos amores?

PRUD. ¿Ya tornamus otra vegada?

D. RIC. ¿Y tú también? (Afirma doña O.) (Ay, respiro.) Mire usted, caballero, aquí debe de existir alguna equivocación.

PRUD. Un inspector no saquivoca nunca.

O Tiene pruebas, y además el niño que tienes en tu cuarto.

D. RIC. ¿Yo?

RIC. ¡Ese niño es mío!

D. RIC. / O } ¿Tuyo?

PRUD. Eso es una añagasa de usted. El padre del niño es el señor.

RIC. El padre de ese niño soy yo, que hace un año que estoy casado en secreto.

O ¿Te has casado?

RIC. Sí, señora; hoy mismo pensaba descubrírselo á ustedes.

PRUD. Y esta carta que mancontrado ayer tarde en la escalera, dirigida...

RIC. A mi mujer, Clotilde Mendoza, que vive en su misma casa, en el piso segundo.

PRUD. La conozco. ¿Pero cómo está firmada por el señor?

RIC. Está firmada por mí, que me llamo Ricardo García, lo mismo que mi tío.

PRUD. Sin embargo, al hombre que ha salido de mi casa esta tarde, llevando debaco de la capa un bulto...

RIC. Era yo también, que me llevé la capa de mi tío para traer á mi hijo, el cual, según he encargado á Juana, estará en la cama de mi tío.

D. Ric. (¡Ay Dios mío de alma!) ¿Cómo, tu hijo se encuentra en mi cama?

Ric. Hace bastante rato.

D. Ric. (¡Cielos! ¡Lo he hecho una tortilla! ¡Otra víctima más!)

Ric. Y para convencer del todo á este caballero, puesto que conoce á mi esposa, voy á presentárselo y verá el parecido tan grande á su madre. (Se dirige á la puerte segunda derecha.)

O Sí, tráelo, que quiero comérmelo á besos.

D. Ric. (Deteniéndole.) No entres, sobrino.

Ric. ¿Cómo?

D. Ric. Te ruego encarecidamente que no entres. Si supieras...

Ric. ¿El qué?

O ¿Qué sucede?

D. Ric. Tu hijo... era el que se movía antes en mi cama.

Ric. ¿Quiere usted explicarse?

D. Ric. ¡Yo te juro que soy inocente... que no tengo la culpa!

O ¡Pero quieres hablar de una vez!

D. Ric. Pues bien; hace poco tenía mucho sueño... me eché de golpe en la cama... y lo reventé.

ESCENA XIV

DICHOS, JUANA por la derecha

Juana ¡Ay, señora, me he encontrado muerta á los piés de esa cama?...

Ric. ¿A mi hijo?

Juana No, señor; su hijo de usted lo acabo de echar en ella. Cuando usted me le dió se le subí á la vecina del tercero, que está criando, para que le callara.

D. Ric. Pues, entonces... ¿quién es el muerto?

Juana La perra de la señora.

O ¿Mi perrita?

D. Ric. Yo he sido su matador.

O ¡Bárbaro!

JUANA ¡Don Prudencio! Han venido á llamarle con mucha prisa de su casa. Su esposa de usted se ha puesto muy mala.

PRUD. Como la creí culpable, ayer la reventé un ojo y por esto... ¡Pobresilla!... ¡Voy en seguida! Señores, disimulen ustedes mi comportamiento y mi presipitación en los acontesimientos estos... Hasta la vista. (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, menos DON PRUDENCIO

RIC. Vaya un susto que me ha dado usted, querido tío.

D. RIC. No ha sido flojo el que yo he llevado. Pero gracias á Dios se arregló todo... digo, no... yo no puedo ser todavía feliz... si me falta lo más gordo... Maldito Casino y maldita pistola.

O ¿Qué le pasa ahora á tu tío?

RIC. Que se le ha disparado la pistola que llevaba en el bolsillo y teme haber matado á alguien.

O ¿Con su pistola? Tranquilízate esposo, estaba llena de pólvora solamente.

D. RIC. ¿Cómo? (Con alegría.)

O Temerosa de que te sucediera una desgracia, le mandé al portero que le sacara la bala y dejara la pólvora.

D. RIC. ¿De veras? Ven á mis brazos, querida esposa. Tú me devuelves la tranquilidad, la vida. (La primer cosa buena que ha hecho mi mujer.) Se acabó para mí el Casino, y sobre todo las armas de fuego.

AL PÚBLICO

Si de susto en susto fuí
caminando todo el día,
no me asustes á fé mía,
que hartos sustos recibí;

si tú me asustas aquí
á ese susto no me ajusto,
que ese susto es un disgusto
pero de marca mayor;
con que aplaude por favor
y así me quitas el susto.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

A la Habana me vuelvo.

Antes de amanecer.

¿Quién es el muerto?

Un alcalde popular. (1)

¡Mi sobrino!

La revancha.

¡Quien quita la ocasión!...

¡De vuelta del otro mundo!

¡Adelina! (1)

¡Un coracero!

Por un portugués.

Caer en su red.

Los gabanes.

El hijo de mi amigo.

Hinestrosa padre é hijo.

A cenar.

El sobrino del difunto. Zarzuela en un acto. (1)

En perpetua agonía.

La primera y la última.

La familia Pesadilla. En dos actos. (2)

El hijo de S. C. En dos actos. (1)

El pirata. Drama en tres actos y un prólogo. (1)

---

(1) En colaboración con D. Enrique Prieto.

(2) Idem con el Sr. Vinajeras.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.